

José-Leonardo Ruiz Sánchez  
(ed.)

# MILENARISMOS

## Mesianismo y Apocalipsis desde la Historia y la Religión



UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
Vicerrectorado de RR.II.  
y Extensión Cultural



Fundación  
**EL MONTE**

S.A.R.U.S.  
Seminario de Historia de la Iglesia del  
Departamento de Historia Contemporánea

Sevilla, 2001

## EL SIGLO I A.C. Y LOS PRESAGIOS DE UNA NUEVA ERA

Luis Ballesteros Pastor\*

---

\* Profesor Titular del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla. Tras cursar sus estudios de Licenciatura en Córdoba y Granada se doctoró en la Hispalense con el estudio del rey Mitriádes Eupátor del Ponto. Tesis de referencia para los especialistas (dicho rey no contaba desde 1890 con una monografía que abordara todos sus aspectos) al tratarse de un tema bastante infrecuente entre las líneas de investigación de nuestro país, ha tenido más repercusión fuera de nuestras fronteras. El estudio de Mitriádes Eupátor implicaba abordar toda una serie de vehículos de propaganda ideológica (oráculos, profecías, leyendas, monumentos, monedas...) que ponen al profesor Ballesteros en contacto con las concepciones apocalípticas del siglo I a. de C. ya que este rey pretendió aparecer como encarnación de la llegada de una nueva era. En esta línea de investigación se inserta «L' an 88 av. J. C.: présages apocalyptiques et propagande idéologique» en *Dialogues d' Histoire Ancienne*, Universidad de Besançon.

En la actualidad, junto al estudio del Mar Negro en época helenística y de la crisis de la República Romana, orienta sus investigaciones al análisis de las fuentes literarias antiguas y su trasfondo ideológico.

El título de este trabajo casi con seguridad resultará equívoco. Al referirnos al siglo I antes de nuestra era, se podría pensar, y con razón, que nos vamos a centrar en el mesianismo judío y su posterior reflejo en la vida de Jesús. Sin embargo, y aunque aludiremos a ello, no será ése el centro de nuestra disertación, sino que trataremos de mostrar de qué manera dicho siglo estuvo marcado por el sentimiento general de que una era tocaba a su fin para dar paso a un nuevo mundo, a una nueva realidad, de carácter incierto y por lo tanto inquietante, temida y a la vez esperada. Pero este sentimiento no afectó únicamente ni al mundo judío, ni a la propia Roma, que pasa entonces de la República al Imperio, sino que se hallaba extendido también por otras áreas del Mediterráneo, en donde la concepción apocalíptica tanto griega como oriental estaban profundamente arraigadas. Las expectativas de cambio, por tanto, adquirirían matices diferentes, y respondían a aspiraciones diversas, según el contexto en que surgieran. Así pues, mientras en Roma, donde las Guerras Civiles se desarrollan acompañadas de todo un aparato de propaganda sobre la llegada de una nueva era, habríamos de aludir además a los pueblos itálicos, que se levantan contra la hegemonía romana en la llamada Guerra Social, y podrían haber difundido presagios sobre la llegada de un tiempo de liberación. Otro tanto ocurría en el mundo griego y oriental, en donde, aparte del mesianismo judío, las guerras del rey Mitridates Eupátor del Ponto contra Roma estuvieron acuciadas por un aparato propagandístico por el que diversos oráculos hablaban de la llegada de un nuevo tiempo representado en la figura del propio Mitridates, quien, como veremos, pasó a encarnar la imagen mítica del rey que habría de vengar a Asia frente a Occidente. También

Marco Antonio sabría recoger ese ambiente de oposición espiritual a Roma y esgrimirlo en su favor para su enfrentamiento con Octavio.

La concepción de diferentes eras o periodos en la historia humana no era pues exclusiva ni de la mentalidad judía ni de este preciso momento histórico, sino que en el Mediterráneo antiguo estaba arraigada también entre los egipcios, los griegos, los romanos y los etruscos. A ello también habría que unir la tradición de apocalíptica oriental de raíz irania, que, como veremos, también se proyecta hacia el mundo mediterráneo en este momento. En la civilización egipcia, la idea de distintas eras en el devenir de los hombres, que tiene uno de sus símbolos en el ave fénix, se complementa con toda una tradición literaria de profecías que siguen un esquema en gran medida análogo a las bíblicas: en ellas se describe una situación de caos que dará paso a una restauración del Orden primigenio de la Vida y la Naturaleza. En el mundo griego bien conocidos son ejemplos como el de Hesíodo, que con el *Mito de las Edades* nos muestra una serie de etapas de la historia del mundo, que parten de la Edad de Oro, divina y perfecta, para ir degradándose hasta llegar a la de Hierro. Otro caso estaría en la visión filosófica de Empédocles, que defiende un concepto cíclico de la Historia con alternancias de amor y discordia. También habríamos de aludir al Pitagorismo como difusor de concepciones apocalípticas relacionadas con la simbología de los números y las creencias astrológicas, teniendo además en cuenta que hacia el momento histórico que nos ocupa, experimenta una gran difusión en Roma con representantes como el amigo de Cicerón Publio Nigidio Figulo.

Ya en el siglo II a.C., tanto en Oriente como en Occidente, se habían difundido oráculos y símbolos que tienden a hacer sentir una expectativa de cambio entre las masas populares. Como apuntábamos antes, se produce además una confluencia de las distintas tradiciones de literatura apocalíptica de Oriente: así pues, el *Bahman Yast* iranio presenta elementos comunes con la apocalíptica greco-helenística y con la judía, representada ésta última en las premoniciones del *Libro de Daniel*, también del siglo II a.C. La tradición judía influye a su vez en la apocalíptica egipcia, y así el *Oráculo del Alfarero* (traducido al griego en este mismo siglo) adopta un tono

universalista y de condena de la guerra, más propio de la tradición bíblica. Esta confluencia viene también representada por el desarrollo del tópico de la *Translatio Imperii*, según el cual la Historia de la Humanidad habría estado marcada por una sucesión de imperios: el asirio, el persa, el medo y el griego, al que ahora habría que unir el romano. Según la propaganda hostil desplegada a partir del siglo II a.C., Roma tendría por tanto de sucumbir como había ocurrido con los imperios anteriores, aunque también, interpretado en un aspecto positivo, este tópico podría aludir al dominio definitivo de Roma sobre el mundo, pues ya no cabría pasar la hegemonía universal a ningún otro imperio.

En el Mediterráneo occidental, también los etruscos participaban de ideas apocalípticas. Ellos dividían su propia historia como pueblo en una serie de ciclos o generaciones, a los que llamaban «siglos». Éstos se delimitaban atendiendo a «la máxima duración entre la vida y la muerte» (esto es, cada siglo venía marcado por la existencia del más anciano de su generación). Así pues, la extensión temporal de estos ciclos era variable, de 100 años, o más, aunque en el siglo I a.C., pasan a acortarse. Además, estos siglos estaban limitados a un número, probablemente de 10; al final del último de ellos los etruscos dejarían de existir como pueblo. El noveno siglo etrusco se habría desarrollado precisamente entre el 88 y el 44 a.C., en que habría empezado supuestamente el último de ellos. El tránsito entre uno y otro de estos siglos debía estar marcado por una serie de prodigios que se recogían en los libros rituales de los arúspices.

Por su parte, los romanos también tenían asumida la idea de la existencia de una serie de eras. Quizás la más difundida fuera también la de unos siglos (*saecula*), que probablemente habrían durado 100 ó 110 años, (pues de ambos existiría tradición), y que se festejaban con unos juegos, los *Ludi Saeculares*. Pero también había otras eras, como la que nos relata Virgilio en la *Eneida*, de 333 años de duración, que marcaría las tres «fundaciones» de Roma: entre la llegada de Eneas a Italia y el nacimiento de Rómulo; entre éste y la conquista de Veyes por Camilo (datada en el 396 a.C.), en medio de signos sobrenaturales, y otra hasta el nacimiento de

Augusto en el 63 a.C. Aparte, habrían existido otras eras bastante menos difundidas: así, Marta Sordi detectó que entre la fecha tradicional de la victoria sobre Veyes y la de Octavio sobre Marco Antonio en la batalla de Accio (31 a.C.) habrían pasado 365 años, esto es, un «año de años» (*anno annorum*), del mismo modo que según algunos cálculos, habrían pasado 365 años entre una de las fechas que se daban a la mítica fundación de la ciudad por Rómulo y el momento de la expulsión (igualmente por Camilo) de los galos que habían llegado a conquistarla. También la propaganda de Augusto habría desarrollado otra era, de 76 años de duración: tantos como vivió este emperador, y tantos como resultaban de la suma de los años de reinado de Rómulo y Numa, según la cronología tradicional.

Todo el sentimiento de tránsito a un nuevo tiempo estuvo, en el momento que nos ocupa, apoyado en una serie de elementos que podemos considerar comunes a las visiones apocalípticas: catástrofes naturales, signos celestes, invasiones de pueblos bárbaros, guerras, caos social, degradación moral, convulsiones políticas... y, tras todo ello, la aparición de un salvador destinado a hacer resurgir el orden, a dar paso a un mundo nuevo en el que no habrán de tener cabida tantas tribulaciones.

El caos tiene su reflejo más inmediato en las catástrofes naturales, que no son interpretadas como simples fenómenos físicos, sino como presagios apocalípticos. Por citar sólo algunos ejemplos dentro del mundo romano, el terremoto del 91 a.C., fue considerado una premonición de grandes convulsiones políticas; en los años 80 de este mismo siglo, cuando las Guerras Civiles iban a dar comienzo, el terremoto de las islas Lípari hizo emerger nuevas tierras que hubieron de ser reconocidas como parte del territorio romano por una comisión senatorial. En víspera de la guerra entre Octavio y Antonio, en Ostia el reflujó de la marea dejó en seco un banco de peces; el Po se desbordó, y al volver a su cauce dejó una enorme cantidad de víboras: todo ello fue considerado un prodigio nefasto. En el Mediterráneo oriental, tendríamos un claro ejemplo de esta visión apocalíptica de las catástrofes naturales en la descripción que nos ofrece Nicolás de Damasco, un judío helenizado de este

mismo siglo I a.C., del terremoto de Apamea de Frigia del 88 a.C.: este seísmo despertó el terror general, pues se secaron las fuentes antiguas, aparecieron tierra adentro manantiales de agua salobre como la del mar y animales marinos, y surgieron nuevos ríos y lagos.

En cuanto a fenómenos celestes, aparece fuego en el cielo, y se ven estrellas semejantes a soles, pero sobre todo cometas, que constituyen un elemento que, según la creencia popular, señala momentos excepcionales en la historia humana. No es Jesús el único personaje cuyo nacimiento se asocia con la llegada de un cometa: ciñéndonos a la época que nos ocupa, habríamos de referirnos al que acompaña el nacimiento de Mitrídates Eupátor, o al cometa Halley, que aparece en plena Guerra Civil en Roma (87 a.C.) y, según Livio, «fulmina» literalmente a Pompeyo Estrabón. La siguiente aparición de este cometa (12 a.C.) coincide con la muerte de Agripa, uno de los más íntimos allegados de Augusto. También se observa un cometa en el año 63 a.C., en que muere Mitrídates y Cicerón detiene la Conjuración de Catilina, coincidiendo asimismo con el nacimiento de Augusto. La muerte de César también estuvo acompañada por una serie de fenómenos celestes, entre ellos la aparición de un cometa, que después sería incluso perpetuado en las monedas, y fue interpretado por la propaganda augustea como indicio del final de una era y el comienzo de otra.

Las catástrofes naturales y los prodigios celestes serían en principio un indicio del descontento de los dioses por la discordia entre los hombres. El orden de la naturaleza está alterado: se cambia el curso del mundo, el ritmo de las estaciones, la alternancia entre el día y la noche... Se trata de la cólera de los dioses, enojados con la iniquidad de los humanos, pero más allá, se trata de un retorno al caos primigenio que dará lugar a una nueva Creación. Estos signos, por tanto, eran entendidos como una dislocación de los Elementos: la tierra, el agua, el fuego, parecen mezclarse de nuevo, y con ello dar lugar a una «Metamorfosis de la Creación», como la que describe en la Biblia el *Libro de la Sabiduría*, también escrito hacia esta misma época por otro judío helenizado, cuyo nombre desconocemos. Al final de este libro bíblico se nos habla

igualmente de cómo la tierra y el mar se vuelven a mezclar, y tras este caos vendrá una nueva Creación, un nuevo mundo.

A esta interpretación sobrenatural de fenómenos físicos, habría que unir la manifestación de prodigios, en los que abunda este último periodo de la República romana, y que eran explicados como un indicio de discordias internas, e incluso de la proximidad del fin de Roma, coincidiendo con momentos especialmente críticos. Estos prodigios pueden aparecer de formas muy diferentes: nacimiento de seres monstruosos; estatuas de dioses que hablan, se mueven, lloran o sudan; objetos celestes de inexplicable comportamiento; aparición de fantasmas... También se habla frecuentemente de que se escuchan extraños sonidos en el cielo, bien como de entrechocar las armas o bien como de sonar trompetas, que son el aviso de un cambio en el mundo, y también el anuncio de enfrentamientos armados, la llamada a la guerra.

Otro de los elementos tópicos en la descripción de fenómenos apocalípticos sería la invasión de pueblos bárbaros procedentes del norte. Éstos son un símbolo de destrucción, de penalidades, de sacrilegios, de humillaciones. Mientras otras apocalípticas hablaban de asirios, de persas o de griegos, en el siglo I a.C. estos bárbaros son sin duda los galos. En Roma, el terror hacia los galos (*metus gallicus*) era un sentimiento muy arraigado, por el recuerdo de la invasión del siglo IV, que llegó a suponer el saqueo de la propia ciudad y la huida de sus habitantes a la vecina ciudad etrusca de Cere. Sólo quedó un pequeño foco resistente en el Capitolio, hasta que Roma consiguió salvarse en gran medida gracias al hábil liderazgo de Marco Furio Camilo, un personaje, como veremos, rodeado de elementos legendarios. Este miedo a la invasión de pueblos celtas (aunque no fueran propiamente galos) se había reavivado entre los romanos hacia los últimos años del siglo II a.C., cuando la amenaza de los cimbrios y teutones despertó el temor general, y sólo la capacidad militar de Cayo Mario pudo salvar a Roma de una situación desesperada. Este «terror gálico» aparecerá de nuevo durante el siglo I a.C. en otras ocasiones de grave peligro para la República: la Conjuración de Catilina del 63 a.C., que contó con la intervención de los galos alóbroges, y también con motivo

de las campañas de César, que no dudó en aparecer como vencedor definitivo de una de las peores pesadillas de Roma. Pero el *metus gallicus* también fue esgrimido en ciertos momentos para amedrentar a los romanos: en particular, cuando entre el 90 y el 88 a.C. los aliados itálicos sublevados contra Roma difundieron rumores sobre una nueva invasión de cimbrios que se cernía sobre Italia. Pero estas invasiones no sólo afectaron a Roma, pues en la primera mitad de este mismo siglo Grecia sufrió una incursión de los bastarnas, un pueblo celta del bajo Danubio. Estos bárbaros llegaron a saquear el santuario de Apolo en Delfos, que ya había sufrido en anteriores ocasiones las correrías de los galos.

Los periodos de crisis vienen siempre de la mano de la idea general de corrupción de las costumbres ancestrales. En este plano, el abandono de la piedad tradicional tiene un papel destacado: los actos sacrílegos irritan a los dioses y provocan su justa cólera, pues son un indicio de desprecio por los mandatos divinos, de iniquidad, de corrupción de la moral y las costumbres tradicionales, con el consiguiente sentimiento de desconcierto general; también son por ello un inevitable acompañamiento de los presagios del final de los tiempos. Así, por ejemplo, asistimos al incendio de templos tan emblemáticos para Roma como el del Capitolio, o el de Quirino (divinidad asimilada a Rómulo). Las asociaciones de ciertos líderes con divinidades podían ser interpretadas en cada caso de manera diversa según los intereses propagandísticos de cada uno de los grupos enfrentados en la lucha política: así, hay quienes las consideran un acto sacrílego, que excede los límites de la condición humana (como en los casos de Cayo Mario, Mitrídates y Marco Antonio, asociados con Dioniso). Al igual que ocurre con la matanza de los Inocentes del Evangelio, los asesinatos en masa resultan un ejemplo máximo de la crueldad humana, y suponen una de las peores transgresiones de las leyes divinas. La masacre en un mismo día de todos los romanos e itálicos que habitaban en la provincia de Asia, ordenada por Mitrídates en el año 88 a.C., habría sido un acto sacrílego en el que no se respetó a los que se habían aferrado a las estatuas de los dioses ni a los que se habían refugiado en los templos. Los dioses no apartan la vista de estos sacrilegios, y manifiestan su descontento con signos como la extinción del fuego

sagrado de Atenea en Atenas por la impiedad del tirano Aristión (perteneciente al bando de Mitrídates), o también castigan a sus autores con males diversos, y sobre todo con una mala muerte. Así, Mario fallece en un deplorable estado de demencia. Sila, que aparece ante la tradición como uno de los grandes impíos de la Antigüedad, fue castigado por los dioses por haber talado bosques sagrados, además de haber cometido el sacrilegio de tomar la propia Roma por las armas, y violar el asilo de los templos para matar a sus adversarios. Sila muere así, según ciertas tradiciones hostiles, como la que recoge Pausanias, con el tormento de los piojos en los pies por pitiriasis. En palabras de J. Schamp: «La proliferación maligna simboliza la inversión de las reglas de la Naturaleza. Después de todo, el sacrilegio no es más que la transgresión e inversión de los usos religiosos que prevalecen en las sociedades humanas». Entre las muertes violentas, el ex-cónsul Manio Aquilio (que había sido acusado de corrupción) muere cuando Mitrídates le obliga a beber oro fundido como castigo a su avaricia. El propio Mitrídates se suicida con la espada después de haberse intentado envenenar en vano. Clodio, líder de la plebe romana, que había sido acusado de violar los templos y mancillar la fiesta de la *Bona Dea*, fue asesinado en una reyerta callejera. Marco Licinio Craso, que habría emprendido la campaña contra los partos movido por el ansia de riquezas, muere en la humillante derrota de Carras (53 a.C.), desoyendo los presagios enviados por los dioses que reprochaban una guerra iniciada por una causa injusta. Pompeyo fue asesinado tras ser derrotado por César en la batalla de Farsalia. De la cruenta muerte de éste último todo el mundo sabe, así como del suicidio de Marco Antonio tras la derrota de Accio. El mismo Antonio había ordenado el asesinato de Cicerón.

Junto a esto, no podemos dejar de citar las convulsiones sociales y políticas. Empezando una vez más por Roma, éste es, como decíamos al principio, el siglo del tránsito de la República al Imperio. Tránsito que estuvo acompañado de una sucesión ininterrumpida de luchas intestinas, las Guerras Civiles. Los distintos grupos de poder se disputan el dominio de Roma, y, conforme nos vamos acercando al final de la República, son cada vez más las personalidades singulares que van configurándose como protagonistas,

hasta llegar a César y Augusto: Mario, Sila, Pompeyo, Cicerón, Marco Antonio... Estas querellas estuvieron acompañadas de vaticinios inquietantes, que por un lado alimentaban las expectativas de cambio, mientras que por otro, pretendían contribuir a apaciguar a las masas ante estas manifestaciones de la cólera divina por la discordia en la esfera humana. Así pues, cada uno de los grupos en liza se esforzaba por interpretar estos presuntos signos sobrenaturales con vistas a apoyar su posición. Por su parte, los diferentes líderes se esforzaban por difundir presagios para recalcar el destino glorioso que les ha reservado la divinidad, y su misión de salvar a Roma. Tal sería el caso de la profecía de que habría tres Cornelios destinados a dominar Roma: Sila, Cinna y Léntulo. La plebe romana quiere tierras, quiere trigo barato o gratuito, quiere espectáculos. Pero junto a este deseo de *panem et circenses* entre los romanos, los aliados itálicos pretenden ante todo la ciudadanía romana y se lanzarán a finales del 91 a una cruenta guerra que, aunque prácticamente sofocada en el año 88, dejaría una serie de rescoldos que perduraron durante algunas décadas más.

Entre los etruscos, es también hacia principios de este siglo I a.C. cuando se difunde la célebre profecía de la Ninfa Vegoia, en la que se amenaza a quienes osen tocar los límites entre las propiedades agrarias, que han sido puestos por los dioses. Se trata de condenar como sacrílego un fenómeno relacionado, según las últimas investigaciones, con las convulsiones sociales que, hacia este mismo periodo, vive Etruria. Dicho oráculo concuerda con otra serie de vaticinios etruscos que hablan, hacia el 88 a.C., del final de una de las eras en que éstos dividían su propia historia.

Por su parte, no debemos olvidar que en los reinos helenísticos se vive un clima de tensión social. En las ciudades griegas, las demandas eran las de tiempo atrás: libertad (bien del yugo romano, o libertades individuales de quienes no gozaban de ellas), remisión de deudas, reparto de tierras. Ya en el último tercio del siglo II a.C., Aristónico había capitaneado en el reino de Pérgamo un movimiento frente a los romanos, que estuvo rodeado de connotaciones mesiánicas, puesto que se prometía la llegada de un nuevo mundo, el mundo del Sol, Heliópolis. Esta expectativa había

a su vez confluído con el mesianismo de raíz oriental, y habría desarrollado los mismos tópicos que éste. Así pues, se difundieron una serie de oráculos que se constituyeron como medios de resistencia pasiva hacia los dominadores, pero que podían alentar adhesiones a ciertos caudillos que enarbolaban el lema de la libertad frente al yugo romano. Estos oráculos en su mayoría provenían de etapas anteriores, referidos a las guerras greco-persas, o también a las invasiones de asirios o persas en Judea y Egipto, pero ahora se les daba una lectura de lucha contra el poder romano. En términos generales, todos ellos repetían los mismo motivos: la cólera de los dioses por la impiedad de los romanos, la premonición de grandes catástrofes, y tras todo ello, el anuncio de la llegada de un rey salvador de Oriente, que daría paso al comienzo de una nueva era, un retorno a la Edad de Oro. La figura del Rey aparecía como oponente noble, de prestigio y de cualidades honorables frente al rechazo a la monarquía (*odium regni*) de que hacía gala la República romana. Ejemplos de estas profecías estarían en el oráculo de Buplago, en el de Histaspes, así como un pasaje de los *Oráculos Sibílicos*. También se habrían difundido otros oráculos, cuya existencia nos consta, pero que no han llegado hasta nosotros.

El *Oráculo de Buplago* forma parte de tres profecías cuyo verdadero autor nos es desconocido, pero que nos han sido transmitidas por Flegón de Trales, escritor griego del siglo II d.C. Buplago habría sido un oficial de caballería sirio muerto en la batalla de las Termópilas del 191 a.C., en que el cónsul romano Manio Acilio Glabrión derrotó al rey Antíoco III de Asia. El cadáver, que, contraviniendo las reglas de la piedad griega, había sido dejado sepultado, revivió de improviso y se presentó ante los romanos advirtiéndoles que su acción no era grata a Zeus, quien enviaría un ejército para acabar con su poder. A continuación, los romanos decidieron enterrar el cadáver de Buplago, y consultar al oráculo de Delfos, que también amenazó a éstos con la llegada de un ejército vengador enviado por Atenea. Junto a este episodio, Flegón relata la historia de un general romano llamado Publio, que tuvo una visión en la que profetizó la llegada de un rey con tropas de Asia y Europa, que conquistaría Roma por causa de la rabia de Atenea. Publio advirtió asimismo que un lobo se lo comería, cosa

que se cumplió, pero la cabeza quedó intacta, y ésta siguió hablando con profecías de desgracias para Roma. Parece claro a los estudiosos, que, aunque datado en el siglo II a.C., dicho oráculo, plagado de incongruencias históricas, habría sido reelaborado en el siglo I a.C., con un fin propagandístico similar.

Histaspes, a quien se atribuye otro de los oráculos, habría sido un legendario personaje iranio al que el autor del oráculo (que probablemente habría sido un oriental helenizado o un griego con conocimientos de la tradición persa) le atribuye una serie de profecías, que nos han llegado principalmente a través de Lactancio, autor cristiano del siglo IV d.C. En ellas se predice la destrucción de Roma y la venganza de Oriente a manos de un rey salvador. Del mismo modo que veíamos antes, puede tratarse de un oráculo de época anterior, originariamente antimacedónico, que ahora es nuevamente difundido en un sentido antirromano. Otro oráculo de raíz irania en este mismo sentido sería el *Bahman Yast*, contemporáneo del de Histaspes, que trata igualmente del anuncio de la llegada de un rey salvador, rodeado de prodigios celestes. Finalmente, hay un pasaje del libro tercero de los *Oráculos Sibílicos*, en que se insiste de nuevo en que Roma habrá de pagar por su codicia en Asia, a manos igualmente de un rey.

Por supuesto que estos oráculos por sí solos nada podían contra el poder romano, pero es muy significativa su existencia: por un lado alimentaban las expectativas de las masas populares acerca de la llegada de una nueva era, lo que aprovecharon los enemigos de la República, como Mitrídates, para contar con una base de apoyo popular. Al mismo tiempo, fomentaban el odio y la venganza contra los invasores y prometían un cambio de situación que muchos, como estamos viendo, creían intuir en diversos lugares del Mediterráneo.

Este salvador que se anuncia, nuevo rey de un mundo nuevo, es, como en el Evangelio, un niño. De este modo, el nacimiento de diversos personajes históricos, fue presentado por la tradición en un entorno fantástico y sobrenatural. Dejando aparte a ciertos reyes helenísticos, y algunas personalidades romanas anteriores al periodo que nos ocupa, como Escipión Africano, hemos de recor-



dar que hacia el último tercio del siglo II a.C., el rey Mitrídates Eupátor nacería bajo la presencia de un cometa que anunciaba su futura grandeza. El nacimiento de César estuvo señalado igualmente por signos que presagiaban que llegaría a ser el amo del mundo. Augusto también aparece como engendrado por el propio Apolo, y señalado por prodigios celestes como el elegido por los dioses para dominar el orbe. Pero además, Virgilio, en su misteriosa *IV Égloga*, habla de un niño que vendría a ser el soberano universal de una nueva Edad de Oro. Se ha especulado mucho sobre la identidad de este niño: mientras unos consideraron que se pudiera haber tratado de una personificación de Helios, como inicio de la Edad del Sol, otros pensaron en Asinio Galo, hijo de Asinio Polio, historiador y político romano al que Virgilio dirige el poema, pero esta hipótesis puede haber sido más bien fruto de las propias pretensiones de Galo que de la idea real de Virgilio. También se ha hablado de que esta nueva era aludiese a la Paz de Brundisium del 40 a.C., por la que Marco Antonio se casa con Octavia, y Octavio se casa con Escribonia (cuñada de Sexto Pompeyo). Quizás este niño habría de ser, más que el hijo de Antonio, el de Escribonia... pero resultó ser una niña. Esta niña, Julia, tuvo descendencia de Agripa, pero fueron los gemelos Gayo y Lucio. También el niño podría por supuesto haber sido el hijo que se esperaba de Octavia, la esposa de Antonio, pero que también fue una niña, Antonia la Mayor, abuela de Nerón. Quizás, como también se ha apuntado, Virgilio planteara un mensaje atemporal sin un protagonista concreto.

El siglo I a.C. será pródigo, sobre todo en el mundo romano, de personajes que se quisieron presentar como «nuevos fundadores», esto es los que habían de marcar el final de una época e iniciar una nueva edad dorada. La figura del fundador, como Teseo en Atenas o Rómulo en Roma, tenía un significado muy especial: era un ser mítico, a menudó de linaje divino, al que se consideraba como protector, como símbolo en gran medida de la propia ciudad, de la propia identidad. Como ocurría en el caso de Alejandro y tantos otros, los fundadores de ciudades, a las que se daba incluso el propio nombre de éstos, se convertían así en héroes venerados en todos aquellos lugares. En el mundo romano, la anexión de

nuevos territorios había llevado a diversos generales a realizar fundaciones de ciudades en los territorios conquistados, a las que frecuentemente se daba un nombre relacionado con el fundador. Pero nuestra atención se centra en este momento en la nueva fundación de la propia Roma. Sobre todo a partir de los últimos años del siglo II a.C., nos encontramos ante una verdadera pugna entre los más destacados líderes romanos por aparecer como «nuevos fundadores», nuevos Rómulos en definitiva, y por tanto como los verdaderos protagonistas de la llegada de una nueva era. En tal sentido, cada uno de estos personajes a su manera se esforzó en difundir una serie de gestos, de rumores, de presagios, que tendían a confirmarlo como el elegido para encarnar el inicio de los nuevos tiempos. Aunque podríamos rastrear ejemplos anteriores, es realmente Cayo Mario el que comienza a emplear este elemento de propaganda, cuando, tras su victoria sobre los cimbrios y teutones, aparece ante sus conciudadanos no sólo como salvador de la ciudad, sino además como «tercer fundador» de Roma. Pero, si Rómulo había sido el primero, ¿quién había sido el segundo? Se trataba del ya citado Marco Furio Camilo, que salvó a la ciudad cuando los galos la tomaron. Pero el problema de este personaje es que se halla más dentro del terreno de lo legendario que de lo histórico, por lo que la mayoría de los autores opina actualmente que la tradición que conservamos sobre Camilo es en buena medida invención del siglo I a.C. Realmente, son numerosas sus analogías con diversos personajes de este momento, como el propio Mario, César o incluso Augusto: cinco veces dictador, conquistador de Veyes, que no sólo salva a Roma del enemigo exterior, sino que apacigua las tensiones sociales que se dan en el interior. Como César y Augusto, el legendario Camilo en su desfile triunfal aparece montado sobre un carro tirado por caballos blancos, en tanto que encarnación de Júpiter Capitolino. Obtiene tres triunfos igual que antes Rómulo, y como después el propio Augusto, mientras César tendría cuatro. Una de las consecuencias de esta imitación de Camilo será que la gran mayoría de los líderes de este momento pretendan haber vencido a los temidos pueblos celtas, que podían ser asimilados a los galos: Mario vence a los cimbrios; Sila, a los pueblos celtas que habitaban Tracia; Pompeyo, a los celtíberos de

Hispania; Cicerón, a los alóbroges implicados en la Conjuración de Catilina; Licinio Lúculo también pretendió aparecer como vencedor de los galos de Asia Menor, y su hermano Marco celebró el triunfo sobre los tracios de la desembocadura del Danubio. Pero sobre todo César, conquistador de la Galia, aparecería como vencedor definitivo sobre la mayor amenaza para Roma.

Consideramos que es también la imitación de Camilo, y el recuerdo de la invasión gala, lo que hace que tanto los líderes de esta época como después numerosos emperadores tengan gran interés en la reconstrucción y conservación del Capitolio, que como vimos ardió en el año 83 a.C. Así, el propio Sila, que dijo haber encontrado entre las ruinas el bastón de augur de Rómulo (como se decía también de Camilo), se atribuye competencias propias del fundador, y amplía el recinto de la ciudad, que habría trazado la yunta de Rómulo. Este «romulismo» se traduce también en una exaltación de los símbolos y atribuciones del cargo de augur (en recuerdo de una de las funciones principales de los primitivos reyes de Roma), que ahora vienen a desempeñar no sólo Sila, sino también Mario, Pompeyo y Augusto. También en tal sentido se puede interpretar el título de *Pater Patriae*, que emplea Cicerón tras su victoria sobre Catilina, y que después adoptarán César y sus sucesores.

Quienes ocupaban el poder procuraron acaparar para sí los atributos de fundador, y pusieron trabas a aquéllos que pretendieran también el derecho a poseerlos. Sila había mandado así destruir los trofeos de Mario en conmemoración de su victoria sobre los cimbrios. La propaganda cesariana pudo haber atribuido el incendio del templo de Quirino durante la Guerra Civil a un suceso prodigioso, con el fin de desacreditar a Pompeyo. Por otra parte, César pudo haber silenciado, como antes hizo Sila, las victorias sobre los galos de otros de sus contemporáneos: tal sería el sentido de la parodia que Petronio hace de los poemas sobre la Guerra Civil en el *Satiricón* cuando habla de «los galos, que por segunda vez nuestros Capitolios atacaban». También tenemos un ejemplo de la lucha por acaparar los atributos «romúleos», en la prohibición por parte de Augusto a Marco Craso para depositar los *spolia opima* en

el templo de Júpiter Feretrio. Los *spolia opima* eran las armas de un jefe enemigo al que un general romano hubiera dado muerte personalmente en el combate. Hasta entonces sólo Rómulo, Aulo Cornelio Coso (cónsul en el 428) y Marco Claudio Marcelo (cónsul en el 222), habrían tenido ese derecho, y Augusto no estaba dispuesto a reconocer a ningún otro nuevo Rómulo que sí mismo.

Al igual que el fin de una era venía marcado por la dislocación de la armonía de la Naturaleza, estos «nuevos fundadores» pretenden aparecer en su mayoría como los dominadores de los Elementos, capaces de hacer resurgir el orden donde había caos. En ello siguen la tendencia de otros muchos personajes antiguos, como Alejandro, Moisés y el propio Jesús, que apacigua las aguas del lago Tiberíades y camina sobre ellas. Mitrídates aparece como señor de las fieras, igual que Hércules; Pompeyo es descrito por el propio Cicerón como dominador de todo mar y tierra; César trata de someter a las aguas del río Aoo, como ya hiciera Alejandro en la desembocadura del Indo, y atraviesa milagrosamente el Adriático cuando se dirige al encuentro de Pompeyo, en pleno solsticio de invierno, debido a que, en palabras de Plutarco, «la Fortuna había pospuesto la Estación».

La imagen del monarca universal, del *cosmocrátor*, que parte casi desde los mismos orígenes de la Historia, y que Alejandro representaría, es asumida igualmente por algunos personajes de los que estamos hablando, y conviene a su pretensión de simbolizar la llegada de una nueva era para todo el mundo habitado. Aunque podemos encontrar referencias en las fuentes antiguas a Mitrídates o a Lúculo, sobre todo Pompeyo, César, Marco Antonio y después Augusto van a aparecer venerados por los pueblos del Orbe, en «embajadas ecuménicas», que los reconocen como señores, como «reyes de reyes», como soberanos que gobiernan por encima de los demás poderes de la Tierra.

Es César, más que ningún otro de sus antecesores, el que aparece como verdadero iniciador de una nueva era en la historia de Roma y del mundo mismo. Su prematura muerte impidió que su exaltación fuera aún más allá, y fue Augusto el que recogió buena parte de los lemas de su antecesor, los amplió, y añadió

otros nuevos. El paso del Rubicón, un pequeño río que separaba Italia de la Galia Cisalpina, para dar comienzo a las Guerras Civiles, aparece en las fuentes antiguas rodeado de señales sobrenaturales, que corroboran este hecho (en sí poco relevante pero de gran valor simbólico) como un paso consciente hacia una nueva era, que señala un «antes» y un «después», una decisión tras la que nada volverá a ser igual. César, como vimos, aparece como un nuevo fundador de Roma, Padre de la Patria. Son tantos los elementos de este «romulismo», que resulta difícil resumirlos: por un lado, pertenecía a la *gens Iulia* y por tanto era descendiente de Eneas, y, a través de éste, de la estirpe de Rómulo mismo. La llegada a Roma de la noticia de la victoria de Munda sobre los pompeyanos es retrasada, para que coincida con la fiesta augural por excelencia, los *parilia*, en que, según la tradición, Rómulo se purificaba del asesinato de su hermano, y que además se celebraban en el aniversario de la fundación de la ciudad (21 de abril). A César se le permite ofrecer unos *spolia opima* honorarios en el templo de Júpiter Feretrio, con lo que, de manera ficticia se le equipara a la gloria del fundador. De hecho, el trazado de los límites de la ciudad (*pomerium*), obra del propio Rómulo, y que ya Sila había agrandado, es modificado de nuevo por César. Éste reforma también el calendario, que era una de las principales atribuciones de los primitivos reyes de Roma.

Pero es Augusto el que consigue consolidarse como símbolo de la llegada de una Edad de Oro. La cuarta *Égloga* de Virgilio se sitúa, al contrario que el *Mito de las Edades* Hesíodo o que la doctrina etrusca sobre los *saecula*, en un plano positivo, pues anuncia, en lugar de una regresión, un progreso en la vida humana hacia un tiempo mejor. Obras como la *Eneida* del mismo Virgilio o el *Carmen Saeculare* de Horacio, insisten en señalar a Augusto como el rey predestinado desde los mismos orígenes de Roma a traer un nuevo tiempo de paz y prosperidad. Esta paz, que Augusto proclama solemnemente cerrando el templo de Jano en el 29 a.C., pasa por el trato magnánimo a los vencidos, que forma parte de todo este aparato de propaganda pacifista. Augusto es así representado como restaurador del orden y la concordia en el Orbe entero. Es el «monarca universal» que restaura a su vez la *Pax deorum*, la paz de los

dioses; como Eneas, Augusto aparece como paradigma de la *pietas*, de la observancia de las reglas divinas.

Augusto se esforzó también por ser reconocido como nuevo Rómulo, pero procurando contrarrestar la propaganda republicana, contraria al establecimiento de la monarquía. Adopta por un lado el título de «Padre de la Patria», respecto al que tanto Virgilio como Ovidio establecerán una relación directa y exclusiva con Rómulo, ignorando otros casos anteriores. Pero renuncia a llamarse Rómulo y prefiere Augusto. El nuevo príncipe procura también solapar la muerte de Remo a manos de su hermano Rómulo, y exalta su propia genealogía partiendo de Eneas. En palabras de Paul Martin: «si, como Eneas, reencarnado en Augusto, servía a la reconciliación de Roma con el mundo, Rómulo, resucitado en Augusto, reconcilia a Roma consigo misma, espanta las guerras civiles, y restaura la concordia». Adopta también el papel de rey-augur, propio del fundador de Roma, y lo hace rodear de los mismos signos: unos buitres sobrevuelan cuando fue nombrado cónsul en el año 43, igual que le ocurriera a Rómulo cuando iba a fundar la ciudad. Igualmente emplea sus atribuciones para modificar el *pomerium*, el recinto de la ciudad, como antes ya habíamos visto hacer a Sila y César. El aspecto guerrero del primer rey de Roma aparece imitado por Augusto con sus tres triunfos. Rivalizando también con Rómulo, fundador del culto a Júpiter Estátor, dedica un templo a Júpiter Tonante, para recordar el milagro por el que éste le había manifestado su favor durante las Guerras Cántabras. En términos generales, Augusto pretende aparecer como un restaurador de la más pura tradición ancestral romana, que se remontaría por supuesto a Rómulo.

Uno de los aspectos centrales de la exaltación de Augusto como símbolo de la llegada de un tiempo nuevo fue la celebración de los llamados *Ludi Saeculares* («Juegos Seculares») en el 17 a.C. En su origen, la función de esta fiesta habría sido lustral (*pro sedanda vertenda pestilentia*), y se hacía remontar a la purificación del templo de Júpiter Capitolino tras la expulsión de los galos. Pero de hecho, la tradición habría sido manipulada una vez más por la propaganda augustea, pues sólo había noticia cierta de dos cele-

braciones de este tipo: la primera en el 249 a.C., durante la Primera Guerra Púnica, como respuesta a una serie de prodigios que hicieron aconsejar estos festivales en honor de Proserpina y *Dis Pater*. La segunda de las ocasiones habría sido en el 146 a.C., tampoco tras una centena de años, quizás para coincidir con los éxitos de Escipión Emiliano y la destrucción de Cartago. Una nueva celebración de estos *Ludi* habría estado planeada por César, a quien no habría repugnado en absoluto asociarse con la grandeza de Escipión. Pero estos juegos fueron pospuestos por el dictador, probablemente en espera de obtener un resonante triunfo en la campaña que éste estaba planeando contra los partos, con la que pretendía restaurar el honor de Roma, que había quedado manchado por la derrota de Craso en Carras. Pero esta campaña finalmente no pudo llevarse a cabo por la repentina muerte de César. Así pues, la recuperación por Augusto de las insignias arrebatadas por los partos a Craso, así como la devolución de los prisioneros supervivientes, constituyó para la propaganda oficial no sólo una exaltación del poder romano, sino la expiación del pecado de codicia que había llevado a una guerra injusta, con la que los dioses habrían manifestado su disgusto mediante el envío de numerosos presagios nefastos. Augusto pretendió aparecer así como «vengador» de la humillación frente a los partos en el mismo año de los *Ludi Saeculares*: hizo exponer públicamente las insignias arrebatadas a Craso, y edificó el templo de Mars Ultor («Marte Vengador») junto al de Júpiter Feretrio, que según la tradición había sido dedicado por Rómulo y que Augusto restaura. Se otorgó además a Augusto el derecho a depositar unos *spolia opima* honorarios, al dedicar estas insignias recuperadas. Pero al mismo tiempo, esta reparación de un acto sacrílego era todo un símbolo de la llegada del *saeculum aureum*, de la nueva Edad Dorada, y señala a Augusto como elegido para encarnarla. La cuarta *Égloga* de Virgilio habla así de la existencia de 10 *saecula*, cada uno asociado a un metal, como veíamos en Hesíodo, y el último de ellos será la Edad de Oro, la Era del Sol, el reinado de Saturno.

Hoy como ayer, el temor al fin de los tiempos provoca una inquietud irracional entre las gentes. Ciertamente es que las capas sociales dirigentes -romanas, griegas u orientales- se habrían mostrado

escépticas, fruto del avance de una visión racional del mundo, pero no dudaron en manipular cuantos elementos les fueron posibles para crear estados de opinión favorables a sus intereses particulares o a los de los grupos que estaban en liza. De hecho, es significativo que en Roma antes del advenimiento de Augusto hubiera prodigios, oficialmente admitidos, casi cada año, mientras que después de la muerte de César se hacen más esporádicos, y tras la victoria de Augusto sobre Antonio en el 31 apenas si se dan, para desaparecer definitivamente en el año 16 a.C. y no volver a surgir hasta el 43 d.C. Parece claro que el miedo ante el final de los tiempos ha sido y es un elemento más para el control de las masas. Pero no podemos quedarnos ahí: esta sensación responde a un profundo sentimiento del hombre, que necesita esperar un porvenir venturoso y al mismo tiempo contempla con pavor la posibilidad de que todo su mundo se venga abajo.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- A. Alföldy: *Redeunt Saturnia Regna* (Bonn 1997).
- G. Amiotti: «Gli oracoli sibillini e il motivo del re d'Asia nella lotta contro Roma», *Politica e religione nel primo scontro tra Roma e l'Oriente*. CISA (Contributi dell'Istituto di Storia Antica dell'Università del Sacro Cuore) 8 (Milán 1982) 18-26.
- L. Ballesteros Pastor: «L'an 88 av. J.-C.: présages apocalyptiques et propagande idéologique», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 25 fasc.2 (1999) 83-90.
- J. Bayet: *Historia política y psicológica de la religión romana* (Madrid 1984).
- H. Bellen: *Metus gallicus-metus punicus. Zum Furchmotiv in der römischen Republik* (Stuttgart 1985).
- S. Benko: «Vergil's Fourth Eclogue in Christian Interpretation», *Ausstieg und Niedergang der römischen Welt* II 31.1 (1980) 646-705.
- N. Berti: «Il Rubicone, confine religioso e politico, e l'inizio della guerra civile tra Cesare e Pompeo», M. Sordi (ed.), *I confini nel mondo classico*. CISA 13 (Milán 1987) 212-233.

- R. Bloch: *Los prodigios en la Antigüedad Clásica* (Buenos Aires 1968).
- A. Le Boeuffe: «La comète de Halley à l'époque romaine», *Bulletin de l'Association G. Budé* (1985) 385-389.
- P. Brind'Amour: «L'Origine des Jeux Séculaires», *Aufstieg... II*, 16.2 (1978) 1334-1418.
- P.A. Brunt: «Philosophy and Religion in the Late Republic», *Philosophia Togata. Essays on Philosophy and Roman Society* (Oxford 1989) 174-198.
- J. Cagé: *Enquêtes sur les structures sociales et religieuses de la Rome primitive* (Bruselas 1977).
- L. Cerfaux; J. Tondriau: *Le culte des souverains dans la civilisation gréco-romaine* (Paris-Tournai 1957).
- F. Cumont: «La fin du monde selon les mages occidentaux», *Revue d'Histoire des Religions* 103 (1931) 64-93.
- A. Dundes: «The Hero Pattern and the Life of Jesus», *In Quest of the Hero* (Princeton 1990) 179-223.
- S.K. Eddy: *The King is dead. Studies in the Near Eastern Resistance to Hellenism* (Lincoln 1971).
- H. Fuchs: *Der geistige Widerstand gegen Rom in der antiken Welt* (Berlín 1938).
- P. Grimal: *Virgilio o el segundo nacimiento de Roma* (Buenos Aires 1987).
- F. Guillaumont: «La nature et les prodiges dans la religion et la philosophie romaines», en C. Lévy (ed.), *Le concept de Nature à Rome. La physique* (Paris 1996) 43-64.
- R. Günther; R. Müller: *Das goldene Zeitalter. Utopien der hellenistisch-römischen Antike* (Leipzig 1988).
- J.F. Hall: «The Saeculum Novum of Augustus and its Etruscan Antecedents», *Aufstieg... II* 16.3 (1986) 2564-2589.
- D. Hellholm (ed.): *Apocalypticism in the Mediterranean World and the Near East* (Tübingen 1983).
- P. Herz: «'Aus dem Osten wird ein Retter kommen...' Der Widerstand der Griechen gegen die römische Herrschaft», *Zur Erschließung vom Zukunft in den Religionen. Zukunftsverwaltung und Gegenwartsbewältigung in der Religionsgeschichte* (Würzburg 1991) 67-88.

- A. Hultgård: «Figures messianiques d'Orient comme sauveurs universels dans le monde gréco-romain», *La soteriologia dei culti orientali nell'impero romano* (Leiden 1982) 734-748.
- J.H.W.G. Liebeschuetz: *Continuity and Change in Roman Religion* (Oxford 1979).
- R.S. Lorsch: «Augustus' Conception and the Heroic Tradition», *Latomus* 56 (1997) 790-799.
- B. MacBain: *Prodigy and Expiation: a Study in Religion and Politics in Republican Rome* (Bruselas 1982).
- S. Maffei: «La 'Felicitas Imperatoris' e il dominio sui ellementi», *Studi Classici e Orientali* 40 (1990) 329-367.
- P. M. Martin: *L'idée de royauté a Rome*, vol. II (Clermont-Ferrand 1994).
- D. Mendels: «The Five Empires: A Note on a Propagandistic Topos», *American Journal of Philology* 102 (1981) 330-337.
- A. Momigliano: *La Sabiduría de los Bárbaros. Los límites de la helenización* (Méjico 1988).
- A. Peretti: «Una storia di fantasmi oracolanti», *Studi Classici e Orientali* 33 (1983) 39-81.
- J. Schamp: «La meurt en fleurs. Considérations sur la maladie 'pédiculaire' de Sylla», *L'Antiquité Classique* 60 (1991) 139-170.
- A. Pfiffig: *Religio Etrusca* (Graz 1964).
- O. Rank: «The Myth of the Birth of the Hero», *In quest of the Hero* (Princeton 1990) 3-86.
- F.P. Rizzo, S.J.: «Mitridate contro Roma tra messianismo e messaggio di Liberazione», *Tra Grecia e Roma. Temi antichi e metodologie moderne* (Roma 1980) 185-196.
- M. Sordi (ed.): *La profezia nel mondo antico*, CISA 19 (Milán 1993).
- M. Sordi: *Prospettive di Storia Etrusca* (Como 1998).
- F. Taeger: *Charisma. Studien zur Geschichte des Antiken Herrscherkultes* (Stuttgart 1957-1960).
- W.W. Tarn: «Alexander Helios and the Golden Age», *Journal of Roman Studies* 22 (1932) 135-160.
- C.M. Ternes (ed.): *Condere Urbem* (Luxemburgo 1992).

- A. Valvo: «Termini moti, domini e servi in Etruria nel I sec. a.C. Alcune considerazioni sulla cosiddetta 'Profezia di Vegoia'», *Athenaeum* 65 (1987) 427-451.
- S. Weinstock: *Divus Iulius* (Oxford 1971).
- P. Zanker: *Augusto o el poder de las Imágenes* (Madrid 1992).

—  
acti  
sid.  
cor  
sus  
tes  
sió  
Un